

MISTERIO DE MI

Este modo de ser, sin parecido.

Esta severidad para conmigo.

Esta cruel rectitud a que me ligo.

Este no perdonar lo cometido.

¿Lo cometido dije? No he sabido

expresar mi pensar, pues me castigo

por lo que pienso sólo y nunca digo.

Sólo por lo ideado y no vivido.

Y este modo de ser, tan sin pareja,

que me obliga a mí mismo y ante mí

tan fuerte que me tiene maniatado,

¿por qué disculpa a los demás y deja

que comprenda lo que, ¡ay!, no comprendí

cuando me hube a mí mismo yo juzgado?

CASTULO CARRASCO

DE OTRO TIEMPO

Una feria de San Juan

DE pronto un silbido largo y en seguida el estrépito del tren tableteando sobre el puente de hierro.

—El Gévora—, anunció don Antonio.

Se levantó un revuelo de viajeros en la ansiedad de la llegada, y todo el ámbito del vagón de primera clase pareció estrujarse en un temblor de estrías encendidas en el bochorno rojizo del sol poniente de Junio... Otro silbido breve, nervioso, y el tren enfila la amplia curva de railes deslumbrantes como relejes de acero que, a través de la vega del Guadiana—fresca de aromas nuevos y riego de acequias—conduce al disco y a la boca tenebrosa de la trinchera del «puente de palo».

—Ya se ve Badajoz—murmura don Antonio con un brillo de gozo en los ojos. No, hija mía, por ahí no. Al otro lado.

María Victoria se había puesto de pie ante la ventanilla abierta. Un golpe de viento cargado de humos, de aromas de huertos y jardines y de olor ancho y gustoso de parvas recién trilladas, le arrebató la blonda cabellera en un incendio de oro; y el fino tafetán de su bata le ceñía las formas armoniosas de su espléndida escultura viva de adolescente. Se estiró en un esguince imperceptible, como para desentumecerse de la forzada quietud del viaje, y se le alzaba el busto, rítmico y entonado, en un suspiro de alivio.

—¿Aquello qué es, papá?..

—Las instalaciones de la Granja Agrícola, una granja modelo en España—contesta don Antonio, que se había levantado y miraba por sobre los hombros de María Victoria.

—Y aquello unas fábricas modernas, movidas a turbina, añadió el padre.

El espacio se empapa lentamente en la luz trémula y empurpurada del crepúsculo, y en ella van diluyendo sus contornos las filas de moreras y frutales, los setos de maíz o de cañas, los oscuros tapias de tierra y adobes y los verdes cuadros de huerta que sorbían la delicia del riego. Y mientras el tren va ralentando su marcha fatigada, los ojos de María Victoria, de un azul profundo y alegre, recogen ávidos el panorama con un júbilo ensimismado de niña que acabara de despertarse...

—¡Badajoz!—exclama María Victoria—; parece dormida, con la cabeza descansando en esa altura... —¿No es aquello un castillo?—inquirió curiosa.

—Hoy es un castillo—asintió don Antonio—En otro tiempo fué la Alcazaba, donde hubo suntuosos palacios y dos grandes mezquitas cuando la ciudad señoreó todo el reino árabe del Algarbe...